

La aparición de los rituales

Una crónica sobre un taller de escritura en Berlín

Rebeca Pérez Gerónimo



Quelle: Rebeca Pérez Gerónimo

La comunidad del taller literario

El invierno berlinés trae consigo cierta quietud. Los movimientos que definen los meses de enero y especialmente febrero son pausados, casi letárgicos. Pero eso lo aprendí con el tiempo y mi primer invierno fue de todo menos sereno. La migración implica transformación y ese desplazamiento, en cualquiera de sus condiciones, nos obliga a hacer cambios. Estos cambios suelen ser muy acelerados. Yo llegué a Berlín en otoño pero en un abrir y cerrar de ojos, ya era invierno. Mi constitución caribeña se enfrentó a burocracias y climas inesperados, tan inesperados que ya desde ese momento, esa nueva realidad aplastante, diluía parte de mi identidad antes de llegar a Berlín. Fue en ese torbellino de acontecimientos y en el afán de sostenerme a través de lo que me es familiar, es decir, los libros, que di con la librería *La Rayuela* en Südsterne 2, 10961. Con ciertos sentidos aún dormidos pero con otros completamente alertas, fui haciendo un mapa y trazando una ruta de guaridas en la ciudad. Todas tenían en común a los libros. Así fui tejiendo una red alrededor de la palabra escrita que me daba la sensación de estar conectada con el nuevo territorio, esta nueva ciudad que aún no usaba el posesivo *mi ciudad*.

En *La Rayuela*, en una de las habitaciones traseras, después de pasar el umbral del café que tenían dispuesto en el medio de la librería, empecé a construir un nuevo sentido de comunidad. Esta comunidad me era muy familiar y al mismo tiempo era tan nueva que participar en ella fue una decisión radical. Todo empezó por una convocatoria abierta para un taller de escritura con Samanta Schweblin. Lo familiar para mí era el contexto del libro. Lo errático era participar en un espacio creativo donde no solo las ideas sino la palabra escrita *por mí* iba a jugar un papel importante. Casi sin pensarlo me inscribí y logré dar con el último cupo del taller. A partir de allí recibí una invitación a continuar la práctica de taller en casa de Samanta. La mesa de la librería se desplazó a otra mesa en Kreuzberg, donde empecé formalmente mi primer taller de escritura de ficción.

Las narrativas del taller

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han dice que “los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan aquellos valores que mantienen cohesionada una comunidad.” Estas acciones simbólicas además son repetitivas. Es como si en la constancia de una acción determinada reside una sensación de salvaguardo. Y esto no es muy distinto para la comunidad de un taller literario. Hay ritos y formas que se construyen y se repiten, de esta forma dándole cohesión a la noción de comunidad.

Hago énfasis en el carácter repetitivo porque, al empezar un taller de escritura, inicia un ciclo en el que se incorporan nuevas variables. Cuando yo empecé a asistir al taller en casa de Samanta, el factor nuevo era mi presencia porque había sido convocada a participar en una mesa con miembros de una comunidad ya establecida. La alteración y el cambio era mi inclusión. Pero

eso no implicaba cambios en los rituales. En esos momentos de quiebre es cuando los rituales son acentuados, transmitidos, explicados y repetidos con exageración para que sean, de alguna forma, inamovibles; aunque en el fondo se sabe que esto es imposible. Es inevitable el cambio, pero aún así las acciones simbólicas se sostienen y se replican.

En el caso particular de este taller, los rituales servían como una analogía de la estructura de un cuento. La narrativa del taller perseguía lo que sus participantes intentaban lograr en sus textos. La sesión empezaba con la presentación del mundo: la disposición de la mesa, la iluminación casi teatral de la sala, las sillas. Encima de la mesa los papeles, colores, bolígrafos. Y mi objeto favorito: frascos llenos de virutas. Los envases donde reposaban las virutas eran de vidrio y funcionaban como un depósito o urna de sacrificio, me hacían pensar en todas las palabras que se escribieron a partir de esos residuos. Las virutas definían para mí la solemnidad de ese encuentro. Eran el objeto simbólico material que precisaba nuestros gestos escriturales a pesar de que todos, casi sin excepción, escribíamos con cualquier artefacto menos con lápiz o colores. El taller también se desdoblaba entre mundo primario —los objetos que nos acompañaban— y el mundo oculto —lo que no decíamos pero que impregnaba de ciertas emociones cada una de las sesiones. Cada encuentro tenía su propio ritmo y este estaba supeditado a ese mundo oculto. Piglia se refiere a ellos como la historia superficial y la historia subterránea.

Luego de presentar el mundo, la trama se desvelaba. Todas las semanas —este era un taller intensivo, semanal— la trama estaba signada por el prólogo a las lecturas. Este prólogo era la conversación previa, la camaradería, el encuentro preliminar. El tejido de la clase se encuentra allí, fuera de la lectura, porque es la que define el tono de la sesión. Mas adelante las tensiones narrativas del taller aparecían a medida que los textos se iban leyendo. Las primeras devoluciones acumulaban tensiones o aflojaban los hilos invisibles que quizás alguno de los participantes se había esmerado en apretar. En esas horas convivían las contradicciones, contrapuntos, contraargumentos, hasta que la cúspide de la tensión encontraba su voz en Samanta quien, con tono pausado, conciliador y nunca desbordado, ofrecía una devolución final que suponía un aprendizaje no solo para la edición del texto en cuestión sino para todos los pretextos y postextos.

A su vez cada encuentro nos ofrecía una revelación o revelaciones. A veces esa revelación tenía relación con un texto propio pero muchas veces, la revelación provenía de la lectura del cuento de los otros. En ese espejo ocurría la correspondencia que resumía de una forma excepcional todos los conceptos que a veces asociamos con la construcción del cuento: velocidad, materialidad y resistencia, por nombrar algunos. En ese intercambio reside la posibilidad de una revelación porque es donde opera activamente todo el engranaje que aprendíamos, practicábamos y tratábamos de emular con cada texto que presentábamos en taller.

No podría dejar de mencionar que ese micro-universo estaba cercado por varias bibliotecas que mostraban libros como golosinas. Puertas a mundos que descubríamos sobre la mesa y que luego nos eran presentados como referencias. Era usual que si alguno de los textos resonaba con alguna escritora o escritor, Samanta se tomaba el tiempo de jurungar sus estanterías hasta conseguir el ejemplar que evocaba el texto leído en la sesión. Todos esos cuerpos eran parte de la identidad del taller. Las lecturas se escurrían y llegaban a esas bibliotecas y luego se expandían hasta derramarse en nuestros propios mundos.

Las voces del taller literario

Así como cada libro, cada historia, así cada compañera y compañero de taller. Cada quien con su propio bagaje. Byung-Chul Han dice que “la comunidad ritual es una comunidad de la escucha en común y de la pertenencia mutua, una comunidad en una pacífica concordia del silencio.” La pertenencia mutua era el propio taller, los silencios eran los rituales tácitos que se fueron afianzando a medida que compartíamos lecturas. Uno de mis compañeros de taller definió con tres palabras nuestra experiencia: Preguntas / Vasos comunicantes / Madriguera. Quisiera detenerme y tratar de descifrarlas:

Preguntas: con cada lectura de textos y sobre todo cuando leíamos nuestros propios textos, siento que nuestra intención no era dar con todas las respuestas y culminar el proceso de la escritura de un cuento. No íbamos a sesión con la idea de que teníamos en nuestras manos un cuento cerrado porque si no, qué sentido tenía llevarlo al taller a ser diseccionado por otros cuando no teníamos intención de cambiarlo. A veces, en medio del proceso creativo, necesitamos un anzuelo o un empujón y una pregunta precisa, pensada, podría tomar la forma de ese incentivo. La literatura no es un mundo de certezas, tratar de tenerlas no solo es anticlimático sino, en mi opinión, una tarea imposible.

Vasos comunicantes: pienso en el rizoma, según Deleuze y Guattari, entendido como una alianza que se construye a través de tejidos. Estos tejidos son definidos como sistemas constituidos por dos o más recipientes unidos entre sí y que través de esta unión establecen una conexión muy particular. Esos tejidos a su vez sientan raíces y son *vasos comunicantes* subterráneos que ocupan el lugar de las devoluciones durante las sesiones de taller.

Madriguera: según la RAE las madrigueras son “cuevas en las que habitan ciertos animales”, “lugar retirado y escondido donde se oculta la gente del mal vivir”. Como si todos los involucrados, en nuestras propias perversiones, guardáramos secretos sobre lo que ocurrió en todas esas largas e intensas sesiones literarias. Como si hubiera sido un espacio de encuentro sin filtro, enmarcado por rituales. ¿Acaso no es un gesto increíblemente vulnerable compartir tus cuentos con otras personas?

La cadencia de las devoluciones

Otro aspecto constitutivo de nuestro taller era la multiplicidad de voces, acentos, culturas. A su vez esa realidad no era si no una extensión de lo que ocurre en Berlín. Se dice frecuentemente que “Berlín no es Alemania”. Y si Berlín no es Alemania, entonces ¿qué es? La respuesta, creo, reside precisamente en la gente que habita la ciudad. Y una buena introducción a la ciudad la obtuve a través del taller. Allí estábamos nosotros, un grupo de siete latinoamericanos, de distintos países, compartiendo una mesa en la capital alemana, hablando españoles, leyendo en español, pero luego pisando calles congeladas o llenas de polen, dependiendo de la época del año, en el marco de una realidad rotundamente teutona. Todo era posible. Y así como esta, en simultáneo convivían otras burbujas, en otras habitaciones.

En cada voz de cada uno de mis compañeros siempre podía encontrar no solo un punto de vista distinto sino un diccionario en español diferente. Las cadencias, ritmos, fraseos de mis oraciones fueron enriquecidas por las lecturas mexicanas, argentinas, uruguayas, colombianas. Fue revelador entendernos en la diferencia de una supuesta “igualdad” latinoamericana. Nunca se nos pidió neutralizar la voz; mas bien, desde el contraste con los otros, teníamos que conseguir maneras de que funcionara sin traducción. La narrativa por muy argentina que fuera, por ejemplo, tenía que sostenerse en un mundo en el que no era leída solo por argentinos. Creo que nunca había hecho un ejercicio tan exhaustivo de hurgar en mi identidad, a partir de mi vocabulario. Me hizo sentir parte de una tradición determinada. Mis decisiones estéticas al escribir provenían de una herencia, la herencia de mis lecturas de escritoras y escritores venezolanos.

El duelo y la continuación del ritual

Byung-Chul Han dice que “los ritos de paso, *rites de passage*, estructuran la vida como si fueran estaciones. Quien traspasa un umbral ha concluido una fase vital y entra en otra nueva. Los umbrales en cuanto transiciones ritman, articulan e incluso narran el espacio y el tiempo. Posibilitan una profunda experiencia del orden.” Y así como con cada episodio, todo tiene su final. Un día de verano del 2018 celebramos nuestra última sesión oficial de taller. Ya para ese momento habíamos no solo construido sino afianzado la sensación de comunidad entre nosotros. Vivimos una fase vital en la cual constituimos nuestros rituales y entramos a una nueva etapa. Esa transición marcó un antes y un después, a partir de ese punto también hemos redefinido ciertos aspectos de nuestras comunicaciones como grupo que han posibilitado, así como lo afirma Han, una nueva experiencia del orden de las cosas.

El final es un comienzo

Los umbrales, finales y comienzos. Un episodio termina y en simultáneo empieza a rodar el próximo capítulo. Recuerdo que cuando me fui de mi país, me costó un tiempo entender qué significaba la distancia y, en esa necesidad constante de darle palabras a la emoción, escribí un cuento en el que un personaje vivía sus días viendo *dopplegängers* en la ciudad a la que se había mudado recientemente. Esa coincidencia corporal solo provenía de una absoluta nostalgia al pasado y una constante búsqueda de lo conocido en los lugares desconocidos, extranjeros.

Precisamente por la certeza que había tenido en algún momento de que el regreso era una posibilidad muy difusa, escribí lo siguiente al final de ese cuento al cual no le he puesto nombre:

“Son las personas las que nos espacian, las personas las que nos distancian. Ellas nos dan una certeza de lo que es presente y también de lo que ya es pasado. Yo estoy en una dimensión donde crece el silencio, un dilatado silencio que le abre espacio a la sombra. Donde no hay lugar para nada más, allí donde solo yo pude tocar el vaho profundo en el que mis recuerdos han quedado.”

Me parece que quise decir, en su momento, que este personaje, que a su vez soy yo, ha marcado las distancias reales a partir de la certeza de no poder ver a las personas que forman parte de ese pasado. Y en ese sentido, ese silencio no es compartido porque las personas que se quedaron en el pasado están juntas todas en un solo lugar, aquel país. Les quedan entonces, al personaje y a mí, los recuerdos y eventualmente el olvido.

Pienso en ese fragmento porque el duelo de la migración que es muy personal y adquiere matices distintos no solo dependiendo de la persona sino también del momento en el que cada quien viva su duelo, tiene mucho que ver con las experiencias de vida, nuestros conocimientos situados y las personas de nuestro entorno. En relación al taller, donde digamos que no hubo propiamente una experiencia migratoria, sí hubo un duelo comparable con el duelo de la separación del terruño y, en consecuencia, la movilización a otro territorio incierto.

El taller que compartió este duelo, lo hizo al unísono. Es por eso que cuando pienso en el taller sin duda puedo marcar, a partir de la ausencia física de ciertos encuentros, que hay un cambio temporal, un antes y un después, pero en este caso ya que el duelo fue compartido, la separación también lo fue y la posibilidad de un encuentro más allá del encuentro tiene un sentido completamente distinto, menos silencioso. Nos acompañan los recuerdos en una dirección similar, esa dirección que nos lleva a distintos lugares pero cuya ruta empezó al mismo tiempo.

*Esta crónica está dedicada a los mejores interlocutores que he tenido, el grupo de los jueves:
Carlos González Díaz, Mariana Díaz, Sebastian Messina, Rafaela Pinto Reyes, Javier Rosenberg,
Samanta Schweblin, Anja Torres. Gracias por ser parte de mi historia.*